



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE

El maniquí.

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

FERNANDO AMADO

La alternativa.

LUIS DE OSSA

Casa de huéspedes.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

(Malagueñas. I)

CLEMENTE DE CASTRO

Nuestras cocotas.

FERNANDO PORSET

[Declaraciones íntimas.

TOVAR, DEMETRIO, ESTEVANILLO

ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de las hermanas Pay-Pay, Joaquina López y otros dibujos.



HERMANAS PAY-PAY

Dos chiquillas que cantan y bailan como manda Dios,
y que son más bonitas de lo que Dios manda...

5 cénts.



ROMANCE DE CIEGO

Padres los que tenzáis hijas
 en estao de merecer:
 vo á referiros el caso
 qu'ocurrió en Vergadebuey
 el martes de la semana;
 pasí á cosa de las tres,
 según dijo la interfezta
 cuando declaró ante el juez
 y antes d'estirar la pata
 derecha, pus la otra era de
 palo y no se la podía
 (claro) alargar ni encoger.

Cuando golvía á su casa
 (sobre cosa de las tres
 de la madrugá del martes)
 s'echaron sobr'ella seis,
 tirándosela de vivos
 y diciéndola: «Isabel
 (qu'éste era el nombre de aquélla
 víztima de su deber),
 enséñanos el conejo
 que tráis escondido, ú te
 machacamos la caeza,
 ¡pero qu'en un santiamén!
 —Este conejo no es mío
 (les replicó la Isabel).
 —¡Anda! (contestaron ellos.)
 Pues entonces, ¿de quién es?
 —De mi novio.

¡Gueno fual
 Si es tuyo, claro qu'es d'él;
 puesto que siempre es del hombre
 tó lo que tié la mujer.
 Conque enséñalo, ú te damos
 la muerte.

—¿Y pa qué queréis
 que sos lo enseñe?

—Pa verlo.
 Pus no sos lo enseñaré,
 manque me cueste la vida.

—¿Que no? ¡Lo vamo á ver!
 Se echaron encima d'ella
 (como va dicho) los seis;
 y, agarrándose al conejo,
 no dejaron en su piel
 ni un pelo los babarotes
 hijos de Vergadebuey.

—¡Creminales! ¡Asesinos!
 (les decía la Isabel.)

Y ellos, pa que se callase,
 l'agarraron por la nuez

y á fuerza d'apretujarla:
 se la cascaron los seis.

Dejándola ya por muerta,
 salieron d'allí por pies;
 y, á no haberla visto un ciego
 (d'esos que se pierden de
 vista y llevan antiparras
 negras pa sonreirse del
 que les da una limosnita
 creyéndose que no ven),
 allí estaría el cadáver
 de la desgraciá Isabel.

Se lo contó el ciego á un cojo;
 y éste, apretando á correr
 manque gastaba muletas,
 dió parte del hecho al juez.

Por lo que la muerta dijo,
 detuvieron á los seis;
 mas como eran de Consumos
 los tuvieron que poner
 en libertad, pues no hicieron
 sino cumplir con la ley.

Se probó que la defunta
 quiso el conejo meter
 de matute por las puertas
 del pueblo, contra lo que
 disponen las Ordenanzas
 del Fisco en Vergadebuey;
 y no tuvo otro remedio
 que perdonarles el juez,
 y dejar que se comieran
 el conejo entre los seis,
 no fuese que en el fielato
 se les echara á perder.

Cuando supo lo que había
 sucedío á la Isabel,
 su novio (que, según dicen,
 era un matutero de
 cuidao) exclamó: —La cosa
 tenía que suceder
 ú más temprano ú más tarde;
 pero menos mal que fué
 sólo el conejo, pues si á ella
 se la ocurre entrar también
 los huevos que yo l'había
 dao aquel día pa que
 los colase entre las piernas
 como el conejo, ¡rediez,
 me dejan á mí sin huevos
 como dos y una son tres!

Por la transcripción,

Carlos Miranda

EL MANIQUÍ



¿QUIÉN había de decirle al joven, ó, mejor dicho, al ex joven Godofredo Gutiérrez que él, hombre divertido, trasnochador impenitente y juerguista por excelencia, sufriría un cambio tan radical en sus costumbres?

La transformación operóse desde el día lamentable en que Godofredo—¡quién lo había de decir!—contrajo nupcias con una muchacha muy guapa, pero muy celosa. Y aquel hombre que había llegado á formar parte integrante del mobiliario de los Burgaleses y de los gabinetes de casa de Juan, en la Bombilla, supo más por fuerza que de grado á cuánto se obliga el que en la se comedia del vivir se reparte á sí mismo el papel de bueno y fidelísimo esposo.

¿Por qué se casó Godofredo? Arcanos inabundables presenta el alma de los hombres corridos que, cuando menos se lo piensan, pónense en condiciones de figurar en cualquier corrida. El caso es que Gutiérrez dobló la cerviz al yugo sacrosanto, y desde la noche de sus bodas acostóse á las nueve y veinticinco minutos cuando más tarde, y no consiguió salir de día, si no era acompañado de su dulce y amante esposa.

Demasiado dulce y demasiado amante.

Una noche, mejor dicho, una tarde que se presentó en su casa á las ocho y diez, en vez de presentarse á las ocho menos cinco que era la hora fijada por la cónyuge, vióse castigado con la privación de postre, sin que le sirviera de pretexto la razón de haber estado tomando en la terraza de Maison Dorée un vermouth, al que fué galantemente invitado por un amigo.

—Si llego á saber que voy á comer menos—decla el infeliz—no hubiera tomado el aperitivo.

—La culpa la tengo yo—replicaba la mujer—porque he cometido la imprudencia de dejarte salir solo. Pero no volverá á ocurrir. ¡Vaya usted á la cama inmediatamente! Y Gutiérrez, con la cabeza baja, porque la

INCONGRUENCIAS



—Chica, fíjate en el cuello de aquel caballo. ¡Verdad que lo tiene muy largo!

—Pues mira, tampoco debe ser manco el que lo monta.

ocasión no era para gallardías, partía silencioso á recogerse en el silencio de la alcoba. Allí meditaría sobre su situación, y acerca de un plan maravilloso que su amigo Fernández, el del vermouth, le había propuesto para redimirse. No digamos que todas las noches, porque el cuerpo se estaba ya acostumbando al régimen de orden y no convenía abusar, pero de cuando en cuando sería muy agradable recordar los buenos tiem-

pos pasados y echar una cana al aire. El sistema ideado era completamente primitivo. Consistía en conseguir una disposición facultativa que mostrase la necesidad de suprimir el tálamo, y que Godofredo y su mujer durmiesen en habitaciones separadas.

Una vez cumplida esta primera parte del programa, Gutiérrez podría salir de su casa cuando todo estuviese en silencio. Y como

se inaugura en los placeres mundanales, así estaba Godofredo la noche en que, por fin, iba á volver á disfrutar, tras de largo tiempo de abstención, las delicias de un gabinete reservado. Cuando se convenció de que dormía plácidamente su señora, acostó con solcito cuidado á su mixtificador, y con las botas en la mano para no hacer ruido, deslizóse cauteloso y subrepticio hasta la escalera.

Poco tiempo después se hallaba en Los Gabrieles, entre sus amigos de antaño y unas cuantas damas de las más amables y cariñosas.

Gutiérrez no quería confesarlo; pero se aburría mucho y se encontraba descentrado en lo que en otro tiempo era su elemento. El vino le sabía mal, las mujeres le parecieron sucias, y los amigos inaguantables. Además, al cabo de una hora de encontrarse en la jarana, ya se estaba cayendo de sueño. Pero, porque no dijeran, estuvo haciendo como que se divertía mucho, y era al tiempo de amanecer cuando saltó del bebedero dando traspies y llevando colgada de cada brazo una golfa desgreñada.

Ya era de día cuando Godofredo llegó á su casa. De puntillas se acercó á su habitación y antes de abrir miró por la cerradura. Allí estaba el maníeco. Entró Gutiérrez, ocultó el maníeco en un guardarropa y se acostó, por poco tiempo. Al levantarse para ir á la oficina encontróse á su mujer alegre y decidora. No sospechaba nada.

Cuando volvió del ministerio, donde cobraba un sueldo por la lectura de los periódicos y la consumación de unos cafés, quiso extremar sus amabilidades con la consorte, y se dirigió resueltamente á sus habitaciones.

—La señora está acostada—dijo—le la doméstica saliéndole al paso.

—¿Qué la pasa?

—No lo sé. Pero no la gusta que entren á molestarla.

Gutiérrez, haciendo uso de su autoridad de marido, abrió violentamente la puerta del cuarto de su mujer.

—¡No se puede pasar!—gritó ella, aunque tarde, desde la cama, y lanzóse acto seguido al encuentro de su esposo.

—¡Cuerno!—exclamó él llevándose las manos á la cabeza.

En la cama de su mujer se destacaba una silueta probablemente masculina.

—¿Quién es ese miserable?

—Perdón para los dos!—exclamó ella con

LA PRIMERA NOCHE



—¡Mamá!

necesaria precaución, por si la mirada inquisitiva de la esposa llegaba en plena noche al ojo de la cerradura de su cuarto, hacíase menester un maníeco que, dando la sensación de un bulto humano bajo las sábanas del lecho, tranquilizase á la consorte.

Cumplióse todo como se pretendía. El médico determinó la separación de dormitorios, y Gutiérrez proveyóse del monigote de alambre con cabeza de cartón, que había de suplantarle por las noches. Y como el chico que por primera vez sale solo de su casa, y



—¡Gracias; prefiero fumar en la mía!

mucho más arte trágico que muchas primeras actrices.

Gutiérrez llegóse hasta el lecho, descorrió las sábanas y encontróse con su rival, mientras su mujer se refa mucho más que si viera un drama del antiguo régimen. Porque el rival... era su propio maniquí.

—Sí, hijito mío, sí. Anoche me acerqué á tu alcoba, y ví este monigote, al que tomé por tí. Pero se me ocurrió llamarte, y al ver que no contestabas, entré por si te ocurría alguna cosa. Entonces me encontré con el muñeco. No quise quitarle para que no supieras que habías sido descubierto. Luego, cuando te fuiste á la oficina, lo encontré en el guardarropa, y te preparé este mal rato.

Godofredo sonrió satisfecho de haberse escapado de un peligro temido y merecido. Y el matrimonio se abrazó.

—He sido déspota contigo—dijo ella—; lo comprendo. Y desde ahora puedes salir de noche como de día, siempre que te parezca bien.

Gutiérrez aceptó con alegría la licencia, y la aprovechó frecuentemente.

Por cierto que algunas madrugadas, al regresar á su domicilio, se acercaba á la puer-

ta del cuarto de su mujer, y al mirar por el ojo de la cerradura, veía clara y distintamente la silueta de otro cuerpo al lado del de su mujer.

Y se reíraba tan tranquilo, diciendo:

—¡Qué cosas tiene! Para recordarme mi engaño de aquella noche, cada vez que sabe que he salido se acuesta con el maniquí.

Pero la historia sabe que á partir de aquella noche célebre, la mujer de Gutiérrez había sustituido el maniquí de alambre por otros más perfectos y animados.

Pedro de Répide

EL PAN DE CADA DÍA

¡Se vive! ¡Se respira!

¡Estamos en una época en que todo el mundo corta el cupón!...

El secreto para ello está en comprar por cinco céntimos todas las noches nuestro gran colega *La Tribuna*.



—Mi Canelito con la doncella... ¡Y luego hablan de la fidelidad de los perros!

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

LA MODA HIGIÉNICA



STOY en el secreto.

Entre Canalejas, Mosquera y Escudero, el empresario de la Comedia, se ha formado una sociedad secreta para amargarnos la vida á los madrileños. Canalejas nos la achica con lo de los suplicatorios; Mosquera

ción del Arte, para enseñar deleitando, y por eso íbamos á Eslava á que Julita Fons nos enseñase las pantorrillas, que sí que deleitan una barbaridad!, y de Eslava nos corríamos á cualquier cine, en busca de danzariñas y tonadilleras, casi todas buenas chicas, ora indígenas ó ya de procedencia extranjera, dispuestas las pobrecitas á enseñarnos todo y á producirnos ríos de deleite.

Pero ahora nos han traído ese Gran Guignol, aterrizante, escalofriante y abracadabramante, que nos críspa los nervios y nos pone los pelos de punta, que es lo único que puede ponernos en esa tesitura. En el breve espacio de un acto ocurren allí las más espeluznantes tragedias; asesinatos monstruosos, dramas de familia descoyuntantes, sangre y exterminio por todas partes. Los espectadores salen de allí con el corazón del tamaño de un grano de alpiste y los ojos anegados de lágrimas, y se van á cata acorrajados y tristes, como si se les hubiese muerto un pariente próximo; pero diciendo para sus adentros: «¡Cómo he gozado esta noche!»

No hay duda, pues, que estamos completamente perturbados. Pero, señores, ¿no es más agradable, más emocionante y hasta más reconstituyente irse á ver cómo se «marcan» la Matchichá las hermanas Cheray, cómo «evoluciona» Pepita Sevilla ó cómo «remolinetes» la Hurr en el cístico momento de encontrarse la pulgaa?



Demetrio

El marido.—¡Eso es, poneos en grupo todavía!

nos la reduce con la enormidad de corridas que traen locos perdidos á los aficionados, y Escudero nos la encoge con el Gran Guignol italiano que está sirviendo en su aristocrático teatro.

A los dos primeros daños, ó sea al que nos están causando el Presidente del Consejo y el empresario de la Plaza, ya estábamos hechos, porque no en balde este es el país de la política y de la tauromaquía; los cuernos y el caciquismo son fruto absolutamente nacional. Pero ahora, con ese nuevo producto exótico, nuestros cerebros, ya desequilibrados de suyo, han acabado de trastorranse por completo.

Crefamos que el teatro era una manifesta-

Menos mal que, frente á esa espantable señal de decadencia, está á punto de darse á la vida algo que verá á regenerarnos y á redimirnos.

Yo no sé si algún periódico habrá dado cuenta de ello, pero me consta que es un hecho positivo y cierto.

Trátase de la constitución en Madrid de una Sociedad abolicionista del traje, total ó parcial, según la temperatura; y no veían ustedes á figurarse que los iniciadores de este bello ideal son empicados libertinos; encensados en la crápula; nada de eso. Sus fundadores son graves y sesudos higienistas que en un dos por tres les demuestran que el hombre y la mujer han venido á este valle de lágrimas para andar completamente en pelota y que es una salvajada el llevar el cuerpo oprimido.

La idea me parece sencillamente admirable.

Ahora, que la creo un tanto atrevidilla para ser implantada de una vez, y por ello me permito indicar á sus autores la conveniencia de que procedan por partes.

Implántese primero en el sexo bello, si quieren lograr un completo éxito. Después de todo, ¡para lo que les falta!

Ver á Barroso sin calzoncillos no debe ser como para electrizar ¡siquiera á los cordobeses; pero piensen ustedes, en cambio, en cualquiera señora suculenta que en Madrid, á Dios gracias, las tenemos á porrillo, é imagínensela paseando con un traje, sin traje, de absoluta fantasía, y verán ustedes si hay tiros por verla dar una vueltecita por Recoletos. Claro es que sin malévolas ni cupidinescas intenciones, sino desde el punto de vista exclusivamente higienista.

Las cinturillas, ¿son antihigiénicas porque impiden el libre funcionamiento de los órganos respiratorios, digestivos, etc.? ¡Pues fuera las cinturillas! El corsé, ¿es ídem de ídem por ídem? ¡Pues fuera el corsé! La camisa ceñida, ¿produce los mismos efectos? ¡Pues fuera la camisa! Inventemos un adorno «hojaparresco» artístico, y sobre todo higiénico, y habremos resuelto el transcendental problema... por lo menos hasta mediados de Septiembre, que empieza á refrescar.

Quiénes tendrán que apurar el ingenio serán los cronistas de salones para describir las «toilettes» de las concurrentes á los sarasos del mundo distinguido.

«La condesita de X vestía un auténtico traje de ninfa saliendo del baño». «La hermosa viuda de H estaba arrebatadora, luciendo un vestido copia exacta del de «la maja desnuda», de Goya». Las tres primorosas niñas de Z llamaban la atención por sus irreprochables *tenués* de Gracias, de Rubens... y así sucesivamente.

Con tan benéfica transformación, si es cierto que los modistos irán á la ruina, como víctimas de la higienización moderna, en cambio, y al menos por ahora (como la reforma no sería totalmente radical), irían ganando los peluqueros, los fabricantes de me-



— Desengáñate, chica, te debes casar con Arturito, que es un chico que ha hecho carrera.

— Mira, si vamos á ver eso, yo también la he hecho.

días y ligas y los zapateros artísticos.

Preparémonos, pues, á tonificarnos, cosa relativamente fácil, puesto que ya Ruiz Jiménez nos ha municipalizado las carnes.

Pero eso no basta. La reforma obligará á que siga la municipalización de otros artículos nutritivos y reconstituyentes, que todo ha de hacer falta.

Ya lo dije en la última sesión del Concejo un vocal asociado, que por lo visto está en el secreto:

— ¡Habrá también que municipalizar los huevos!

Un pequeño reporter.

LA ALTERNATIVA



H, aquel tiempo!...

Tenía yo dieciséis años, edad feliz en que no se teme que vuelva Maura, ni se ha creído en el señor Azcárate, ni se supone que quien haya de salvar al país, regándose, sea el Sr. Gasset sin jugo...

Mi físico no era que digamos el de don

calle, cinco ó seis vicietas menores de edad cuya inocencia les impedía defenderse de mis envenenadoras miradas.

Entre las amistades de mi casa había una señora viuda, rayana de los cuarenta, que tenía una hija de catorce, y como la amistad me autorizaba para verlas siempre que quería, resultó que visita tras visita, me enamoré

de la niña y conseguí que me correspondiese. Nuestros amores eran completamente puros. Palabras armoniosas, suspiros entrecortados, miradas llenas de poesías... Parecíamos una conversación con D. Tirso Escudero.

Gloria era muy bonita. Sus ojos negros miraban de un modo sugestivo y á la par cándido, ó lo que es lo mismo tras de la candidez anunciaban la pasión en todas sus locuras; su boquita roja y fresca invitaba á gustar en ella indescriptibles deleites, y en su cuerpo, elegante y gracioso, se acusaban ya las líneas de la mujer hecha y derecha en forma de curvas suaves, cuya contemplación producía un agradable principio de vértigo...

Un día nos quedamos solos en el gabinete Gloria y yo, y, la verdad, señores, apenas me dí cuenta de aquella soledad, empecé á sentir que la pureza de mi amor, desaparecía... Me acerqué á Gloria, la cogí una mano que la inocente niña me dejó besar temblorosa y ruborizada, y como advirtiese que este primer paso había resultado suma-

mente fácil, me permití repetir el beso en la frente.

Gloria tembló con más fuerza, pero no se resistió. Como ustedes supondrán, me aventuré á un tercer beso en la boca, al cual—¡oh, delicia!—respondió Gloria dulcemente, con una dulzura que no se saborea dos veces.



ESTEVANILLO

—¡Qué imprudencia! ¿Por qué ha entrado usted aquí sin mi permiso?

—Pues, nada, que me dijo tu madre: «¿Quieres usted ir á ver si está Pura?»

—¿Y qué?

—Pues, mira, que vengo á verlo.

Luis de Tapia; pero tan poco resultaba el de D. Baldomero Argente, y lo contemplaban con agrado, sobre todo las muchachas de mi edad, año más año menos. Con mis cuatro pelos, que no llegaban á constituir el «negro y sedoso bozo», del poema de Núñez de Arce, mi cigarrillo y mi traje de doce duros, tenía asegurado, siempre que ponía el pie en la



El mendigo.—¡Que el Señor se lo aumente, caballero!

La señora.—¡Y yo que lo veal

—¡Cuánto te quiero, Gloria mía! —exclamé estrechándola entre mis brazos.

—¡Y yo á tí! —contestó la niña entregándose á mis caricias como si tuviese prisa por entrar cuanto antes en el universal concierto del amor.

Íbamos á presentar la solicitud para tan noble fin, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció doña Carmen, la mamá de Gloria.

Nuestro espanto fué horrible. Mi amada huyó avergonzada á refugiarse en alguna habitación interior, yo me quedé en pie inmóvil y esperando que aquella señora me confundiese.

Bueno, pues no me confundió. Aquella señora, todavía hermo-

sa y deseable, si no con la fragancia virginal de su hija, con una madurez y una lozanía enloquecedoras, limitóse á cogermela una mano, haciéndome sentar junto á ella en el mismo sofá y diciéndome con blanda voz:

—Te advierto, hijo mío, que lo que has intentado hacer no está bien. Ya ves, se trata de una niña todo pureza y candor. Si te hubieses atrevido conmigo, no me hubiera hecho tanto daño.

A pesar de mis dieciséis primaveras, sospeché que aquellas palabras encerraban un reproche. La mamá de Gloria tenía aún los suficientes encantos para seguir en el puesto de primera dama...

Un beso frenético me sacó de mis reflexiones; revestime de toda la serenidad á que mi sexo me obligaba y arrastrado á otra habitación por los brazos de doña Carmen desarrollé á toda voz el magnífico motivo musical que preludiara apenas con Gloria.

Han pasado muchos años.

Hace ocho días tuve el gusto de encontrar á Gloria; á quien no había visto desde dos meses después de la memorable escena que acabo de relatar, y trabamos conversación. De la conversación pasamos, como es natural, al *rendz-vous* (lo digo en francés para mayor decoro) y quedamos en recordar en su casa aquella noche el tiempo pasado.

Y en efecto; concedióme Gloria el inmenso honor de contemplar fatimamente su hermosura. El capullo virginal de los cator-

MEJOR QUE LA COCAINA



El dentista.—¡Como diga usted que le ha dolido, le estrangulo donde le vest

ce años es en la actualidad flor tentadora-simplia, magnífica... Atrévime á besarle su mano y se echó á reir; la besé después en la frente y me dió un bofetón suavísimo; repetí el beso en la boca y la sentí estremecerse de amor,

—¡Qué hermosa eres, Gloria mía — exclamé abrazándola.

Seguimos charlando todavía y poco á poco



—¡Infame! Y tú, ¿por qué no gritaste?

—Mamá, porque tenía la boca llena.

Gloria fué cediendo y dejándose querer por mí.

Yo estaba loco y la contemplaba y la acariciaba, recordando otra época de nuestra vida.

En un momento hice cadena de mis brazos que se ciñeron á su cuello.

En este momento se abrió la puerta y apareció doña Carmen: pero al advertir la buena señora que era yo el visitante, retiróse discretamente, limitándose á proferir la siguiente exclamación:

—¡Ah!

Que fué lo mismo que declararse en situación de reserva y ceder á Gloria su puesto en el amor activo.

Fernando Amado

CASA DE HUESPEDES



LEUTERIA Ortega, alta, fuertota, rubia; viuda de un antiguo y probo abogado del Estado, que prestaba sus servicios en el ministerio de Fomento, precisamente, es una mujer de gusto vario y refinado, que tiene, además, un corazón muy propicio á ablandarse...

Meses ha, Eleuteria, con su pensamiento ó su presencia, pasó la vida durante algún tiempo en la redacción de *El Liberal*.

Primero, cuentan malas lenguas que Eleuteria se habla prendado del bigote rubio y matador de Gómez Hidalgo... Más tarde, usando de una facultad de su gusto vario, olvidó al erótico compañero y se enamoró con furia del rostro moreno y rasurado de Pedro de Répide... Y durante dos ó tres ó más meses siguió en *El Liberal*, porque después conoció y admiró á Arimón, entre cuya barba oscura tuvo algunos días su corazón...

Ahora Eleuteria, olvidada de aquellos amores, ha establecido en la calle de Vergara una casa de huéspedes, limpia y cómoda, adonde yo fuí hace pocos días, ignorando antecedentes de la dueña, y sólo porque un amigo me habla dicho que en aquella casa se experimentaban emociones.

El primer día que permanecí en mi nueva casa transcurrió plácido: la comida estuvo en su punto; la cama, blanda... ¡Todo agradable!

Al día siguiente, cuando me habla vestido y me disponía á salir á la calle, observé que llamaban á la puerta de mi alcoba.

—Adelante— contesté, creyendo que sería algún criado.

Pero no; no era ningún criado, ni tampoco criada, sino una dama hermosísima en traje de casa y con un gran manojo de llaves colgado á lo largo de un delantal de batista ó cosa semejante.

—Soy la dueña de la fonda— me dijo con un acento amable y distinguido—y deseo sa-

ber si necesita usted algún servicio extraordinario.

—Nada; no, señora; muchísimas gracias—respondí un tanto turbado por la belleza de aquella aparición.

—Está bien. Buenos días.

Confieso á ustedes que durante un buen rato permanecí inmóvil en el centro de la habitación, sin dejar de mirar á la puerta.

—¡Cáscaras!—exclamé al fin.—Ahora comprendo el consejo de mi amigo. Esta mujer debe hacer inolvidable á todos sus huéspedes la estancia en el establecimiento. ¿Y cómo?...

No acerté á dar con el cómo. Si por un lado parecía ser aquella buena señora el prototipo de la amabilidad, por otro tenía todas las trazas de una persona formalísima, incapaz de permitir ningún atrevimiento.

Al fin llegué á maldecir la hora en que me alojé en aquella fonda maldita, donde había semejantes sirenas, tan encantadoras y afables para mostrarle á uno el cielo, como crueles y despiadadas para darle con la puerta en los hocicos.

Me marché á la calle, y entretenido en ella pasé todo el día.

Cuando regresé á la casa, por la noche, cené sin apetito y me recosté en una butaca.

¡Lo menos dos horas llevaba en la misma postura y con el mismo pensamiento, cuando se abrió silenciosamente la puerta y apareció mi patrona, cubiertas apenas sus soberanas carnes por un peinador, el pelo á medio peinar y el ademán trémulo y enardecido.

Sus regros ojos brillaban impregnados de pasión y deseo, y su boca entreabierta parecía una súplica.

—Vengo á preguntar á usted—me dijo sin dejar de mirarme—si necesita alguna cosa. Como estos criados son tan negligentes...

—Sí, una cosa necesito—exclamé arrojándome sobre ella y besándola con tal ardor, que sólo la dejé tiempo para balbucear con una voz dulcísima:

—¡Por Dios, esté usted quieto... Y añadió, viendo que yo no cedía.

—La lámpara... apague la lámpara.

*

He dejado la casa de E'uteria Ortega, porque así me lo ha impuesto su gusto vario.

Y aunque no he de cobrar este reclamo, yo



Ella.—Debe usted ponérmelos más baratos, porque el género tiene poco de bueno.

El maestro.—Observe usted que se me está subliendo.

aconsejo á los estudiantes con calabazas, que han de pasar el verano en Madrid, que no sean primos y se trasladen á la casa de huéspedes de Eleuteria, que tiene bien montado el negocio, y á ver si se lo ensanchan...

Luis de Ossa.



No pises fuerte, porque lo sentiría mi marido.

—¡Rechufa! Entonces quien lo sentiría sería yo..

SUCEDIDOS...

—Hay novedades, Juanito—decía un aristócrata á otro la semana pasada.

—¿Qué novedades?

—Una belleza americana: treinta años, una cintura de avispa, cabellera de Rubens, carnes de Ticiano, ojos de Murillo, boca de...

—¿Dónde, dón de vive?

—Está buscando casa, y en tanto que la encuentra se hospeda en al Hotel de R... No se habla de otra cosa.

—¿Sí, eh?

—Te digo que es una mujer soberbia.

—Voy á predicarle la humildad ahora mismo.

—Lleva la cartera repleta, porque si no...

Juanito, en tren de conquistador, se presenta en el Hotel de R..., y se encuentra con que la *desnudable* á quien va á buscar es su

propia mujer, de quien se halla separado hace seis años.

Bueno; pues falta lo mejor: Juanito observa ahora en su mujer cualidades que no vió antes, y anda por ella loco que se las pirra.

Todo lo puede el amor... ó la poca vergüenza.



MALAGUEÑAS

Un altar estoy haciendo dentro de la Catedral; ¡como te vengas conmigo te coloco en el altar!...



El médico me ha dicho que estoy matándome. ¡como tú no me salves no hay quien me salve!

Narciso Diaz de Escovar

PIROPOS TAURINOS



—¡Esto es carne y no la tontería de güey que er domingo m'echaron á mí en Totan'!

NUESTRAS COCOTAS

JOAQUINA LÓPEZ

HACE dos ó tres noches, al terminar la última sección, salíamos del Trianon Palace la hermosísima desnudable Joaquina López; su preferido impenitente X, hombre privilegiado que ha logrado encadenarla á su cariño de un modo singular, Manolo Tovar, el maestro de los caricaturistas españoles, el novillero Eusebio Fuentes y un servidor de vuestras mercedes.

Yo no sé quién abordó el tema. El caso es que se habló, celebrándolas, de las historias íntimas que está publicando LA HOJA DE PARRA, y que Tovar, francote y brusco, pero con gracia, pidió á Joaquina que nos refiriese la suya, si X, su *adjunto*, lo permitía.

—¡Caramba, ya lo creí!— contestó el interesado; y llámole así porque, según verán ustedes, la historia de Joaquina casi no es historia, si se prescinde de X.

Entramos en la Iberia, un café de la Carretera de San Jerónimo, siempre á esas horas solitario y silencioso, y tras de ponernos todos de acuerdo con Calvo, el camarero, sobre lo

que había de servirnos, Joaquina comenzó: —Hace tres años vivía yo en Illescas, un pueblo vulgar de la provincia de Toledo, sin que me pasara por la mente la idea del amor ni de los triunfos que por el amor he conseguido en este mundo.

No tenía otra ambición que casarme con un mozo del pueblo, para trabajar juntos en las faenas del campo y asegurar la vida. Sabía, sí, que era guapa, que tenía un cuerpo muy bien formado; pero ignoraba la verdadera misión de mi hermosura.

Además, mi pobre madre me vigilaba sin descanso, obligándome á acostarme á las nueve de la noche y á levantarme apenas rayaba el día. Me estaba prohibido ir al baile del pueblo, detenerme en la calle á charlar con las amigas, mirar á los hombres, cantar á la puerta de casa, y los domingos, cuando salía con ella de paseo, érame preciso llevar la vista baja. ¡Ay! Un día que la alcé al internarnos en un olivar, mi alma y mi cuerpo se estremecieron con una brusca revelación. A pocos pasos de nosotros estaba mi amiga Rosa en brazos de su primo...

Mi madre no los vió y yo hubiera querido no verlos.



JOAQUINA LÓPEZ

(Fot. Enrique J.)

Un año, al empezar el estío, enviéme mi madre al pueblo de mi tía Clara, situado á dos leguas de H. escas, donde necesitaban de mi ayuda para tirar las algarrobos.

Instaléme en casa de la tía Clara sin que durante los primeros días de residencia en ella me aconteciera nada de particular.

Poco después empezaron las faenas agrícolas y me enviaron al campo.



—Mira, nenita, lo que más me molesta es que te dejen señalada.

Tenía que levantarme con estrellas y trabajar durante diez horas bajo el sol de junio, que abrasaba mis carnes como si estuviera á la boca de un horno,

Durante lo más fuerte del calor, dormíamos á la sombra de un árbol, y luego, á cosa de las tres de la tarde, volvíamos á emprender la lucha con el terruño, de bruces sobre la mies, medio asfixiados.

Al cabo de tres días, mi cuerpo y mi espíritu habían tomado horror á semejante tarea, verdadera labor de esclavos; pero continua-

ba entre mis compañeros por no sé qué su-gestión misteriosa: quizá porque me emborrachaba aquel ambiente cálido de las emanaciones de las algarrobos.

Una tarde pretexté hallarme indispueta con objeto de poder descansar, y me dirigí á casa.

Este estaba entonces versneando en el pueblo, hospedado precisamente con la tía Clara, y sin darme cuenta de lo que hacía, podéis creerme, entré en su alcoba y me acerqué á la cama. Estaba dormido... Súbitamente se apoderó de mí una curiosidad invencible, un deseo loco de tener un hombre á mi lado, y sin encomendarme á Dios ni al demonio, me acosté junto á él... La fatiga y el calor cerraron mis párpados, me quedé dormida y empecé á soñar.

¡Ay, amigos míos! Mi sueño fué una verdadera borrachera voluptuosa, cuyo recuerdo me estremece todavía. Los mayores extravíos de hoy me parecen vulgaridades al lado de aquella pesadilla en la que gusté todos los deleites, todos los espamos que pueden producir los labios del amante, sus manos intranquilas, el calor de su cuerpo enardecido.

Aquella tarde conocí todo lo conocible en materia de amor. Puede que mi inocencia y mi juventud me las hicieran aparecer más deliciosas de lo que era en realidad.

Había cruzado el río del amor. Al otro lado quedaban mi inocente virginidad, mis ansias indefinibles, mis voluptuosidades imaginativas, mientras se extendían ante mi vista deliciosas praderas, bosques sombríos, montañas altísimas, una sucesión de magníficos paisajes, cuyas bellezas debían parecer siempre nuevas.

Y pensando que no era cosa de quedarme donde estaba, no obstante ser aquellos lugares hermosísimos, decidí continuar adelante en mis exploraciones amorosas, para las que me sentía con extraordinarias energías.

Cuando me desperté, me pareció observar que X dormía aún... Me arrojé sobre él, y le besé tan furiosamente, que el pobre muchacho despertó, es decir, dejó de simular que dormía. Confesóme que la pesadilla había sido la más dulce de las realidades, y le pedí una segunda edición de ella... corregida y aumentada. Así caí... Luego vine á Madrid... y aquí sabéis bien de qué y para qué vivo... Pero no olvidó nunca aquel día, y por eso le quiero á este...—Y miraba á X

Jacinto Carmin.

DECLARACIONES ÍNTIMAS

BALOMINO Botella era un joven periodista muy simpático. Formaba parte de la redacción de un periódico semanal «alegrito», y fué designado por el director para celebrar entrevistas con determinadas artistas de varietés.

A Palomino le supo á gloria la misión que le encomendaban; hacíase proyectos mil sobre los ratitos que le esperaban con tan atrayentes mujeres, diciendo para su sayo:

—¡Menudas juergas voy á correr con tales individuales!... Yo tengo que enterarme de todos los secretos que posean. ¡Cuántos me van á enviar!...

Dió comienzo su labor por una de las más celebradas estrellas del arte coreográfico - sicaléptico. Personóse en su domicilio, y tan pronto como se halló en una coquetona salita, en donde se respiraban perfumes embriagadores y amor, ese amor especial que despiden los billetes de mil pesetas...

sintió un hormigueo tan singular por todo su cuerpo, que casi no acertaba á guardar la debida compostura en la butaca en donde se sentó.

Tras breve espera, apareció ante los ojos de Botella la deslumbradora artista. Cubría su modelado de es-

cultural mujer un elegante y llamativo salto de cama. Palomino, no se sabe si sorprendido ó embelesado por el salto de cama de



Demetrio

—Suélteme usted, señorito, que se sale la leche.

—¡Que se salga! ¡Soy el amor!

la arrogante artista, dió un salto casi mortal al echársela á la cara...

—¿Qué le ha pasado á usted?—le interrogó ella dibujando en sus rosados labios una sonrisa picaresca.

—Nada... la impresión... la sorpresa... la, la...

—¿Se va us-

EN BREVE APARECERA

La publicación más barata de España

Editada por la Empresa de La Hoja de Parra, que hace las cosas bien.

ted á poner ahora á solfejar?...—le interrumpió la cupletista acentuando su sonrisa, que terminó en franca carcajada.

Palomino, en este instante, se convirtió en un verdadero palomino atontado...

Tomaron asiento ambas personas, la una enfrente de la otra; ella le dió pié para entablar el diálogo que era de rigor.

—Usted dirá.

—Vamos por partes, ideal Charito; ¿qué concepto le merecen á usted los hombres?

—Según. Los jóvenes como usted me hacen mucha gracia; los viejos me hacen... (aquí unos conceptos que la pluma se resistió á escribir...)

—¿Es usted partidaria de las zalamerías?

—Hasta cierto punto; pero sin abusar de ellas... algunas me repugnan...

—¿Qué opina usted del amor?

—Que es una majadería. caso de que exista; y si no, vamos á ver: ¿Cree usted que todos los que á mí se dirigen lo hacen por verdadero amor? ¡No, mi amigo! Mis pretendientes se acercan á mí como los toros marrajos, que no van más que al bulto...

—¿A qué llama usted el bulto en su persona?

—¡Pillín!... ¿Quiere usted que le regale el oído?...

—Por si pudiera declararme marrajo.

—O tal vez manso, mucho ojo... Ja, ja...

—¿Qué regalos recibe usted con más agrado?

—Los ramos de flores...!

—Exquisito gusto...

—Que vienen acompañados de billetes de banco...

—¡Eso es aprovechar!

—Lo demás es una primada...

—¿Su afición favorita?

—Montar... á caballo.

—¿Está usted contenta de su profesión?

—¡Muchísimo! Me gusta sobremanera que me toquen las palmas lo más posible. Lo único que me molesta á veces en mi profesión es que me obligan á repetir y á repetir.

—Las repeticiones cansan bastante...

—Me alegro que participe usted de mi opinión. El cuerpo se estropea, se debilita y se cansa una mucho; las cosas en su punto; fuera de ahí, son excesos que perjudican...

Palomino no pudo soportar más tiempo aquella entrevista; cortó el diálogo como pudo y salió de la casa de Charito, como ustedes podrán comprender, entusiasmado...

En la calle se encontró á una buena amiga suya, y para calmar su ardoroso entusiasmo, la invitó á cenar en la Bombilla en un reservado, y ya que allí se metieron, el cronista se «reserva» de dar más pormenores de esta feliz aventura del joven Palomino...

Fernando Porcel

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBRERO



LA HOJA DE PARRA

♦ REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

MUERTAS, 43, PRIMERO

Apartado de Correos número 547.

MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL.